

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 40 (2013)
Heft: 6

Artikel: Cómo los extranjeros dieron nuevos bríos a Suiza
Autor: Müller, Jürg
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908449>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

Download PDF: 03.04.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

Cómo los extranjeros dieron nuevos bríos a Suiza

En el siglo XIX, Suiza era un país en pleno auge político, intelectual y económico. Pero aquel ambiente no sólo se debía a los propios impulsos. A este auge no solo contribuyeron los suizos establecidos desde generaciones, sino también un considerable número de extranjeros, inmigrantes y refugiados que, en aquel decisivo siglo, participaron significativamente en el adelanto de Suiza.

Por Jürg Müller

„Si uno se ha enemistado con la policía, ha robado dinero de una caja, ha insultado a un principillo, ha maquinado un pequeño complot frustrado, enseguida piensa: ¡Qué más da! Me voy a Suiza, allí estoy a salvo, porque los suizos son tontos y nadan en la abundancia – ellos me mantendrán. Así que vienen doctores con gafas y bigote, comunistas con barba de chivo, y un montón de literatos y escritores y profesores, propagandistas delirantes, limpiabotas de Roma y Viena, gente vulgar y grosera, libertarios maleables”.

(Cita de: „Berns moderne Zeit”, en alemán, editorial Stämpfli, Berna, 2011)

Esto se leía en 1850 en la campaña electoral bernesa, dando lugar así a un nuevo tono. Desde el siglo XV, Suiza era un país de inmigración que acogía con los brazos abiertos a gente de los orígenes más dispares. Buen ejemplo de ello eran los hugonotes, protestantes franceses, refugiados que huían de persecuciones religiosas y dieron grandes impulsos a la economía suiza. Muchos perseguidos vinieron también en la era postnapoleónica de la Restauración, a partir de 1815. Las fallidas revoluciones de 1848 en varias partes de Europa empujaron también a miles de refugiados políticos al joven Estado federal suizo fundado aquel mismo año, lo que provocó entre la pobla-

ción reflejos defensivos como el del panfleto arriba citado.

Que Suiza se convirtiera en un refugio condujo asimismo a la primera prueba de fuego de la política exterior del Consejo Federal: las grandes potencias condenaron la generosa política de asilo de la que se beneficiaban sus compatriotas sublevados. Francia, Prusia y Austria exigieron la extradición de los refugiados, presionaron e incluso estacionaron tropas en la frontera. Gracias a la mediación de Gran Bretaña y algunas deportaciones se evitó una intervención militar. El Consejo Federal aplicaba conscientemente una doble estrategia: defendía el liberal derecho de asilo, pero, según el caso, cedía a la presión a la que estaba sometido. Y si bien es cierto que la acogida de refugiados era muy generosa, también lo es que se rechazaba a los solicitantes demasiado activos políticamente.

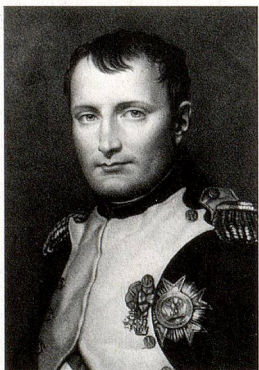
El pastor Blocher preguntó:

„¿Somos alemanes?”

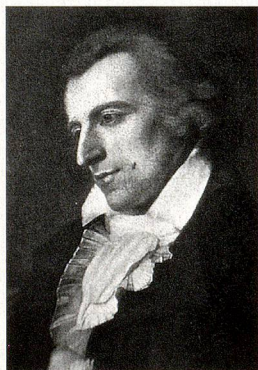
En general, Suiza se ganó en el siglo XIX la reputación de clásico país de acogida de refugiados. Y su política de extranjería era, por lo demás, extremadamente liberal – lo cual no perjudicó al país, como se vio después. Los inmigrantes dieron bríos a la república, y, en ciertos sectores, Suiza se volvió fuertemente dependiente de la inmigración de extranje-

ros altamente cualificados. Esto quedaba patente en el panorama universitario que se fraguaba por aquel entonces. Hasta el 50% de los catedráticos eran alemanes. En Zúrich, algunas asignaturas eran impartidas exclusivamente por docentes extranjeros. La Universidad de Berna llegó a mandar a agentes al extranjero para reclutar personal científico cualificado y atraerlo a Suiza.

Los rendimientos de los alemanes – sobre todo en las humanidades y la economía – eran ampliamente reconocidos en Suiza, tanto que, hacia finales del siglo XIX reinaba una auténtica germanofilia. La admiración por la cultura alemana llegó a unos extremos que empezó a minar la identidad suiza. Muchos suizos se sentían – muy al contrario de lo que se leía en el panfleto antes citado, lleno de resentimientos antialemanes expresados por círculos conservadores – tan atraídos por la cultura germánica que se preguntaban seriamente: „¿Somos alemanes?” este era el título de una publicación del pastor y publicista líder en estas cuestiones Eduard Blocher (1870–1942). El abuelo del ex consejero federal Christoph Blocher denominaba a la Suiza alemana provincia cultural alemana. En todo ello puede que influyeran sus raíces alemanas: el abuelo de Eduard Blocher, Johann Georg Blocher, emigró de Württemberg a Suiza y se naturalizó en 1861 en el cantón de Berna. Entre finales del siglo XIX y princi-



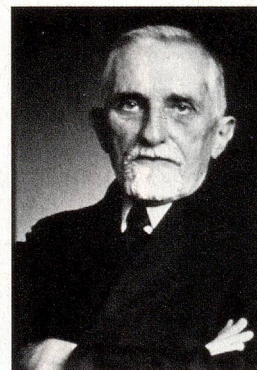
Napoleón



Friedrich Schiller
Escritor



Heinrich Zschokke
Editor



Eduard Blocher
Pastor



Los tres confederados en el Palacio Federal simbolizan una Suiza aislada hacia el exterior, lo que no corresponde a la realidad

pios del XX vivía en la ciudad de Zúrich, por ejemplo, un porcentaje de cerca del triple de alemanes en comparación con el actual.

Suiza como acontecimiento a escala europea

En aquella época, la economía suiza era más internacional que en muchas del siglo XX. „Fueron numerosísimos los fundadores extranjeros de empresas que empezaron a construir, a partir de un ‚montón de piedras‘, un moderno Estado industrial“, explicó recientemente el historiador económico Tobias Straumann en un artículo periodístico. Y el germanista y teórico literario Peter von Matt asegura: „La modernidad política en Suiza, que empezó en la era de Napoleón, fue desde el principio un acontecimiento a escala europea.“ (Cita de: *„Die tintenblauen Eidgenossen“*, Múnich, 2001). Incluso los carismáticos líderes helvéticos de la literatura se vieron enormemente influidos por autores extranjeros: sin el ejemplo de los inmigrantes alemanes „que expresaron su pasión política en atronadores versos“, escribe von Matt, „no existiría un autor llamado Gottfried Keller“.

También fue Peter von Matt quien, con ocasión de la gran conmemoración de los „200 años de la Suiza moderna“ instó el 17 de enero

de 1998 en Aarau al pleno del Consejo Federal y a Suiza a no olvidar lo que nuestro país debía a la ideología importada: „Recibimos del genio político del francés Napoleón el Acta de Mediación, que posibilitó de nuevo la convivencia, y del genio poético de Friedrich Schiller la obra ‚Guillermo Tell‘, que clamorosamente daba una constancia ante el mundo entero de nuestro glorioso pasado“.

No sólo la estructura federal de Suiza se basa en la Mediación de Napoleón en 1803, sino también la democracia moderna, con todas sus libertades, que empezó a gestarse en aquella época. Con la obra de Schiller *«Guillermo Tell»*, de 1804, se canonizó poéticamente el mito de la fundación de la Confederación como se conoce hoy. Una contribución nada desdeñable a la autoestima de la nación en ciernes. Puede ser casual la coincidencia cronológica de la contribución germano-francesa a la propia imagen de los helvéticos, pero es un indicio de que Suiza, e incluso sus mitos, no son una creación propia.

Suiza no existiría sin el alemán Zschokke

Napoleón y Schiller no eran inmigrantes, imprimieron su huella sobre la imagen de Suiza desde el exterior. Pero cualquier niño

sabe sus nombres, muy al contrario del caso de Heinrich Zschokke (1771–1848), apenas grabado en la conciencia colectiva general. Y sin embargo este alemán de Magdeburg influyó de múltiples maneras en la conciencia nacional helvética. Una extensa biografía (Werner Ort: *Heinrich Zschokke*, Baden, 2013, en alemán) y una exposición en el lugar donde actuó tantos años y se naturalizó, Aarau, han contribuido este año a rescatarlo en parte del olvido colectivo.

Ya Edgar Bonjour, uno de los viejos maestros del gremio de los historiadores suizos, dijo hace 60 años que la Suiza moderna no habría sido posible sin Heinrich Zschokke. La influencia de Zschokke fue múltiple: fue político, estadista, ilustrado, revolucionario, escritor, publicista, filósofo, pedagogo, miembro del Gran Consejo y del consejo constitucional – y un hombre inquieto. Según su biógrafo, Werner Ort, Zschokke optó conscientemente por Suiza tras pasar un tiempo en París y marcharse de Francia decepcionado, pues consideraba que en Suiza era posible hacer lo que, si bien se había „inventado“ en Francia, había fracasado allí, esto es, contribuir a implantar los postulados de libertad, igualdad y fraternidad. Entre otras muchas cosas, Zschokke ha caracterizado también nuestro concepto de

la historia durante generaciones. Su obra histórica „Historia de Suiza para el pueblo suizo“ (en alemán), de 1822, sirvió de base hasta el siglo XX para enseñar historia en las escuelas suizas. Por cierto, el editor de la obra de Heinrich Zschokke, Heinrich Remigius Sauerländer (1776–1847), de Fráncfort del Meno, fue el fundador de la editorial del mismo nombre en Aarau. También Sauerländer, con su editorial, fue una de las figuras importantes para la construcción de la moderna Suiza, y entre otras cosas, fue asimismo Presidente de la Sociedad Argoviana para la Cultura de la Patria.

La enorme influencia de los „Snellen“

Naturalmente, las editoriales y los periódicos jugaron un papel decisivo en la irrupción del liberalismo, por ejemplo el „Neue Zürcher Zeitung“, que se situó como publicación liberal de opinión y lucha. Junto con otras publicaciones, daba la oportunidad a refugiados políticos de los países vecinos de difundir sus opiniones. Entre ellos se encontraban Ludwig Snell (1785–1854) y su hermano Wilhelm (1789–1851), ambos de Hesse, considerados unos de los más influyentes teóricos del Estado en Suiza, que ejercieron un influjo decisivo sobre el movimiento liberal-radical. Wilhelm Snell fue rector-fundador de la Universidad de Berna y Ludwig fue el primer catedrático de Ciencias Políticas de la misma. No obstante, ambos eran políticamente tan radicales que muy pronto la gente empezó a llamarles „die Snellen“, que en alemán suena parecido a “los veloces”. Y en una lucha por el poder contra los conservadores perdieron sus puestos en la Universidad de Berna. Aun así, como docentes universitarios, dejaron una huella indeleble en el pensamiento político suizo, jurídica y filosóficamente.

Un revolucionario de Dresde construye la ETH

Que como extranjero se podía ejercer una influencia decisiva en las universidades suizas no sólo desde dentro muestra el ejemplo de Gottfried Semper (1803–1879), de origen danés, naturalizado alemán y desde 1861 ciudadano de Affoltern am Albis (Zúrich). A él le debe Zúrich una parte muy característica de su paisaje urbano, concretamente el actual edificio principal de la Escuela Politécnica Federal de Zúrich (ETH), que se yergue, inmensa, por encima de la ciudad vieja. También él fue un rebelde que tuvo que irse de Dresde – allí le recuerda, entre otros, el edificio de la famosa ópera Semper – por maquinaciones revolucionarias. En Suiza también construyó el observatorio astronómico de Zúrich, el ayuntamiento de Winterthur – y el nuevo campanario de Affoltern, por lo que se le concedió la ciudadanía de dicha localidad. También el Consejo Federal estaba entusiasmado con él y lo nombró catedrático titular.

Un británico impulsa la construcción de una línea férrea

También la creciente industria suiza buscaba especialistas y obreros en el extranjero. No por último porque a menudo éstos tenían conocimientos técnicos de los que los trabajadores autóctonos que vivían en el campo no disponían aún. Los grandes túneles ferroviarios del San Gotardo (1872), el Simplón (1898) y el Lötschberg (1907) fueron construidos en la segunda mitad del siglo XIX sobre todo por extranjeros.

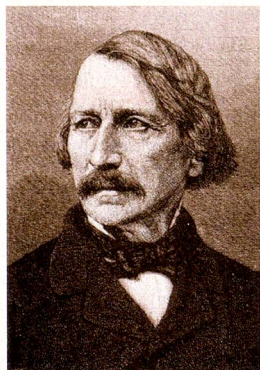
Un papel importante en la concepción de la red de ferrocarriles suizos, que contribuyó sustancialmente al auge económico de Suiza, lo jugó el inglés Robert Stephenson (1803–1859), un experto ferroviario de renombre internacional. Por encargo del

Consejo Federal viajó en 1850 por toda Suiza y presentó al final una propuesta para introducir una vía férrea. El núcleo de la idea era: construir un ferrocarril en cruz desde el lago Lemán al lago de Constanza y de Basilea a Lucerna, con Olten como punto de intersección. Con ello Stephenson dio el impulso necesario para construir en Suiza un ferrocarril integrado, que empezó a funcionar a mediados de 1850.

Inmigrantes como empresarios con visión de futuro

Hasta qué punto la construcción y la sustancia de la economía suiza dependían en el siglo XIX del saber hacer extranjero queda patente en un tipo especial de inmigrantes: los empresarios con gran nivel técnico y a menudo visión de futuro. Fueron muchos los inmigrantes „mañosos“ que se hicieron empresarios, sentando así las bases reales de la moderna nación industrial en la que se convirtió Suiza. Algunos de ellos sentaron las bases de consorcios conocidos en el mundo entero. Como Heinrich Nestlé, de Fráncfort del Meno (1814–1890), que posteriormente cambió su nombre por el de Henri Nestlé. Llegó a la región del lago Lemán como jornalero ambulante, donde aprobó el examen de acceso para poder ser asistente de farmacia y finalmente sentó las bases de la que hoy es la mayor empresa industrial suiza y el mayor consorcio del mundo de productos de alimentación.

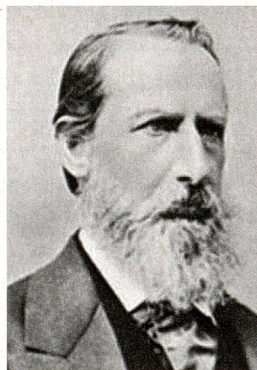
Por su parte Walter Boveri (1865–1924), de Bamberg, fundó con Charles Brown la Brown Boveri AG, hoy llamada ABB, actualmente uno de los consorcios líderes de técnica energética y de automatización. Ciba, una de las antecesoras de Novartis, de Basilea, el segundo mayor consorcio farmacéutico del mundo, fue fundada por



Gottfried Semper
Arquitecto



Robert Stephenson
Ingeniero ferroviario



Heinrich Nestlé
Asistente farmacéutico



Alexander Clavel
Tintotero de seda



Charles Brown
Constructor de máquinas



Emerge entre los tejados de Zúrich: el edificio principal de la ETH, construido por Gottfried Semper, desterrado de Dresde

Alexander Clavel (1805–1873), de Lyon. Clavel fue el primero y principal fabricante de anilinas de Suiza, que producía en su laboratorio de Basilea.

También la típicamente suiza Ovomaltine es un invento extranjero. El químico Georg Wander (1841–1897) vino a Suiza desde Alemania para trabajar en la Universidad de Berna. Fundó un laboratorio propio en el centro histórico de Berna, donde logró desarrollar especialidades farmacéuticas con malta como soporte de principios activos curativos. Junto con su hijo Albert creó la Ovomaltine, que supuso un gran éxito comercial para la em-

presa Wander. Esta empresa es hoy parte de la Associated British Food.

Incluso en la industria del entretenimiento fue una empresa extranjera la que marcó pautas en Suiza en el siglo XIX: el „Circo Nacional Suizo de los hermanos Knie“ fue fundado por una familia austro-húngara de artistas circenses y no es por tanto en absoluto tan nacional como su denominación actual lo insinúa. El progenitor, Friedrich Knie (1784–1850) formó en 1806 su propio grupo de artistas. A partir de 1814, este circo empezó a actuar regularmente en Suiza, y en 1919 eligió finalmente instalarse en Rapperswil, junto al lago de Zúrich, como „cuartel de invierno“.

Suiza llevó a cabo una innovadora transferencia tecnológica

Así pues, a Suiza han venido muchas otras personas, no sólo gente que quería aprovecharse, „doctores con gafas y bigote“, „comunistas con barba de chivos“, „delirantes propagandistas“ y “limpiabotas de Roma y Viena“, como el panfleto citado al principio quería hacernos creer en 1850. Y entre los que llegaron había

muchísimos a los que Suiza les debe cosas extraordinarias.

En la fase de la industrialización, Suiza no podía beneficiarse únicamente de pioneros que inmigraban a nuestro país, también utilizó en gran medida el „saber hacer“ general de otros países. „En los sectores principales de la industrialización, el textil, el de la construcción de ferrocarriles y el electrotécnico, Suiza era innovadora cuando asumía las técnicas y los procesos desarrollados en el extranjero, adaptándolas con buen tino a nuevas necesidades“, puede leerse en la „Enciclopedia Histórica de Suiza“ expresándose con una relativa moderación. Esta idea la expresó más claramente el empresario del sector de tipografía Adelrich Benziger (1833–1896), de Einsiedeln, que, al parecer, afirmó en el Congreso Suizo de Patentes de 1882: „Nuestra industria sólo ha podido alcanzar el nivel actual de desarrollo gracias a que se ha servido del extranjero – si eso es robar, todos nuestros industriales son ladrones“.



Walter Boveri
Ingeniero mecánico



Georg Wander
Químico